

DE MALENTENDIDOS CONSTRUIMOS NUESTRAS REALIDADES

Marcelo Aptekmann¹

ORCID: 0000-0001-9785-3971

Correo electrónico: aptekmanmarcelo@yahoo.com

Resumen

El ensayo expresa las opiniones personales del autor a partir de varios encuentros entre judíos y cristianos. La Tradición Interpretativa Cristiana, iniciada por los Padres Apostólicos estuvo fuertemente influida por el sentimiento antijudío prevaleciente en la cultura helenística y en el Imperio Romano. Su idea de Jesús no tiene muy en cuenta lo judío. Expulsaron a los Ebionitas que preservaban la manera judía de entenderlo. Aún hoy en la iconografía cristiana, la lectura cristo-céntrica del A.T., la percepción cristiana de los fariseos, y en el rechazo a la Ley judía, se ve la persistencia de la tradición des-judaizante. Es necesario investigar y comprender la tradición interpretativa cristiana para superar el sentimiento antijudío, que puede volver a ser puesto al servicio de horrores que nada tienen que ver con el magisterio cristiano. El diálogo inter-confesional es necesario.

Palabras claves: judaísmo, cristianismo, Tradición Interpretativa Cristiana, diálogo teológico

DE MAL-ENTENDIDOS CONSTRUÍMOS NOSSAS REALIDADES

Resumo

O ensaio expressa as opiniões pessoais do autor em vários encontros entre judeus e cristãos. A Tradição Interpretativa Cristã, iniciada pelos Padres Apostólicos, foi fortemente influenciada pelo sentimento antijudaico que prevalecia na cultura helenística e no Império Romano. Sua ideia de Jesus não é muito judaica. Eles expulsaram os Ebionitas que

¹ Licenciado en Psicología. Secretario de la Organización Judía para el Diálogo Interconfesional (OJDI) y Director Ejecutivo de la Fundación Shalom. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

preservavam a maneira judaica de entendê-lo. Ainda hoje, na iconografia cristã, a leitura centrada em Cristo da A.T., a percepção cristã dos fariseus, e na rejeição da Lei judaica, a persistência da tradição des-judaizante pode ser vista. É necessário investigar e compreender a tradição interpretativa cristã para superar o sentimento antijudaico, que mais uma vez pode ser colocado a serviço de horrores que nada têm a ver com o magistério cristão. O diálogo interconfessional é necessário.

Palavras-chave: judaísmo, cristianismo, Tradição Interpretativa Cristã, diálogo teológico

FROM MISUNDERSTANDING WE BUILD OUR REALITIES

Abstract

The Essay expresses the author's personal points of view, after a series of meetings of jews and christians. The Christian Interpretational Tradition started by the Apostolic Fathers was heavily influenced by the anti jewish feeling that prevailed in the roman empire and in the helenistic culture. Their idea of Jesus did not take his Judaism fully into account, and they excluded the Ebionites, who had kept the memory of the jewish beginnings of the church alive. Even today, that Interpretational Tradition is alive and visible in christian iconography, and in the way the pharisees are perceived, or in the way the old testament is read as mostly announcing the coming of Jesus, and in the way christians feel rejection towards the jewish law. Understanding the Christian Interpretative tradition is essential to overcome the anti-jewish feeling, which might, some day once more, be put to work to unchristian ends. Interfaith dialogue is necessary.

Key words: judaism, christianity, Christian Interpretational Tradition, theological dialogue

1. Introducción

Si Auschwitz fuera un síntoma, ¿cuál sería el conflicto latente que expresaría? Si no fuera un hecho aislado, un accidente de la historia, ¿qué sería lo que en Auschwitz se

repite?² Es una cuestión difícil de explicar, y sería imposible hacerlo con pocas palabras. Aventuraré una conjetura: tal vez Auschwitz sea un reclamo relacionado con una temprana pérdida, cuyas secuelas la cristiandad todavía no ha podido superar. Es mucho lo que ya se ha dicho intentando descifrar la noche. A quien crea que no encontrará en estas páginas nada que le sirva para comprender las cosas de una manera nueva, le propongo lo que San Pablo proponía a los destinatarios de una de sus cartas: “*Examínenlo todo y quédense con lo bueno*” (1 Tesalonicenses 5: 21).

Consideremos las consecuencias de lo que sucedió cuando la Iglesia se esmeró en limpiar toda huella de la judeidad de su origen. Primero escondió tan eficazmente sus raíces que, luego, pudo olvidar que las había escondido. Después, para poder sostener el relato que renegaba los rastros de su inaugural judeidad, terminó jugando el inútil juego de las manos sobre los ojos. Finalmente, lo que creyó haber hecho desaparecer, ¿irrumpió bajo la forma de Auschwitz?

Todavía quedan, hoy, muchos cristianos atónitos y asqueados por la Shoá, pero a medida que las décadas van transcurriendo, esa reacción visceral gradualmente se va evaporando. Esta cambiante realidad es el trasfondo sobre el que hoy transcurren los encuentros para el diálogo entre judíos y cristianos³. Son encuentros en los que, a menudo, prevalece una actitud tan cordial como la de diplomáticos profesionales. Es cierto que los buenos modales son necesarios a la hora de construir puentes sobre milenios de malentendidos y desencuentros, pero con solamente la cortesía bien intencionada de algunos no es suficiente para afianzar –de uno y otro lado– cambios profundos en las actitudes de las feligresías. Los buenos modales no alcanzarán, si no producimos además *algo teológicamente más robusto*. El problema es que para producir esa clase de cambio, necesitamos ir más allá de las –políticamente correctas– expresiones de buena voluntad y tal vez atrevernos a tocar algunos temas muy sensibles.

² Los síntomas del alma son, en el fondo, reclamos, y toda repetición es una petición que no ha sido atendida y que por eso es reiterada. Repetir un síntoma es re-pedir, re-clamar.

³ Filmaciones de los encuentros mencionados. Recuperados de: <<https://www.dialogo-teologico.com/>> y <<https://www.ojdi.org>>. Fecha de consulta: 13 de octubre de 2021.

En el diálogo interconfesional se suele conversar sobre lo que, en cuanto seres humanos, todos tenemos en común. Comprendo que en estas páginas, al realzar la descripción de Jesús en cuanto ser humano, estoy hurgando en un área sensible. Al resaltar la judeidad del ser humano que Jesús (también) fue, no pretendo afirmar nada acerca de Su naturaleza Divina. Espero no herir –involuntariamente, por mi impericia– la sensibilidad de algún lector. El motivo por el que me permito fantasear libremente sobre cómo habría sido la vida humana de Jesús (insisto, al hacerlo, no pretendo de ningún modo polemizar sobre la doctrina de Su naturaleza Divina) es para resaltar hasta qué punto Su judeidad *puede haber tenido importancia* en Sus enseñanzas. Resaltar Su judeidad es un recurso para poner en evidencia algo que, a la luz de Auschwitz, merece ser mencionado en algunos ámbitos del diálogo entre judíos y cristianos.

En este último año, durante la cuarentena por la COVID-19, pude participar –en plataformas virtuales– de una serie de conversaciones grupales (entre judíos y cristianos) sobre cuestiones teológicas. En esas tertulias que compartimos con la Dra. Andrea De Vita y con el Pbro. José Carlos Caamaño, entre otros, entendí que el camino para llegar a ese faltante *algo teológicamente más robusto* puede pasar también por el *diálogo* en el plano teológico, que será *transformativo* cuando cada cual se deje iluminar por lo que viene de la otra fuente. El *diálogo transformativo* es algo que, a veces, sucede en el encuentro entre quienes pueden escucharse, sonreír, y sentir las fluctuantes cualidades de los silencios que se despliegan entre las palabras. Para que las mentes puedan encontrarse no son siempre necesarias las palabras –a veces alcanza con un silencio propicio–, pero siempre es indispensable estar atentos los unos a los otros, y, que todos se cuiden de querer tener la razón. Si (después de haber participado con curas, pastores y rabinos en un espacio para el encuentro y diálogo en el plano teológico) me permito ahora expresar en estas páginas libremente lo que pienso, eso no quiere decir que mis interlocutores y maestros –a quienes agradezco lo que aprendí de ellos– sean responsables por las opiniones personales que aquí consigno.

Estamos en vísperas de cambios sociales enormes. La interconexión informática global, y las multitudes de migrantes desplazados por los efectos del cambio climático,

gestan un mañana tormentoso, que podría hacer germinar las resistentes semillas del desprecio. Creo que el diálogo interconfesional en el plano teológico puede servir para que nos ayudemos unos a otros a encontrar cada cual su camino; si lo hacemos con humildad y teniendo en cuenta que, a veces, hay que renunciar a *querer tener la razón*, para no perderla.⁴

La Torá, además de leyes, contiene narraciones que, según sean interpretadas, pueden servir para transmitir enseñanzas valiosas. En Génesis (41: 15-57) vemos que el Faraón y el Patriarca José no debaten acerca de si el Todopoderoso es el sol, y su nombre es Ra –como creía el egipcio– o si es el Dios de Israel, y Su nombre el que le dijo a Abraham. No intentaron convencerse el uno al otro, y fue gracias a eso que ambos pudieron reconocer –cada uno en el otro– a un agente de Dios. Lo importante para ellos no fue tener la razón, sino contar el uno con el otro para encontrar juntos –pero no revueltos– la manera de responder a Su llamado. Hoy, que con el calentamiento global seguimos montando el escenario para los incontables dramas que, como una maldición, caerán sobre todas las vidas, nos necesitamos unos a otros para responder a Su sutil convocación. De nuestro encuentro tal vez pueda surgir Eso, inasible como el rocío, que necesitamos para que cada cual crezca hacia lo que podría ser.

2. Recordar, para poder cambiar⁵

Durante casi dos milenios, muchos cristianos –bien intencionados– se han propuesto salvar el alma inmortal de los judíos, sin apreciar lo que podríamos denominar el *alma nacional del pueblo judío*. Para intentar subsanar esa falta de aprecio, recordaremos en estas páginas el andar de otra Iglesia, la de los judíos, porque es posible que si aquella Iglesia judía no hubiese sido activamente marginada y su legado espiritual difamado, tal vez muchos más cristianos se hubieran opuesto a Auschwitz. Explorar lo judío de las

⁴ Querer acercarse a la verdad es una cosa, pero querer tener la razón es otra muy diferente, que implica pasar por encima de las razones del otro. Solamente en los acotados ámbitos del debate parlamentario, alegato judicial o al dar forma a una orden ejecutiva, es dable pasar por encima de las razones del otro, entendiendo que en esas instancias se trata de una lucha por el poder. El Diálogo no es para la lucha por el poder.

⁵ Según el Talmud, una persona no errará (no pecará) si tiene presentes tres cosas: de dónde proviene, hacia dónde se dirige y que será juzgada (ante Dios).

primeras congregaciones de discípulos de Jesús podría ampliar el campo de nuestro pensamiento, y quizás nos ayude a aggiornar nuestra valoración de un componente de la *tradición interpretativa* cristiana. Ver las cosas desde el punto de vista de la otra parte es difícil e interesante. La misma historia, contada de otra manera, es otra historia; las mismas escenas, filmadas desde otro ángulo, y presentadas en otro orden, dan como resultado otra película.⁶ ¿Nos tomaremos el trabajo que se toman las humildes abejas, que liban el néctar de flores de diferentes colores –buscándola en campos cercanos y lejanos–, para poder así elaborar dentro de nosotros la miel con la que nutrir a nuestras futuras generaciones?

A comienzos del siglo III e.c., con el propósito de que se recordaran las enseñanzas de los maestros fariseos sobre cómo interpretar las leyes de la Torá, fue redactado un libro conocido como la Mishná. A diferencia de otros tratados que conservan antiguas leyes y sentencias, la Mishná expone las argumentaciones de unos y otros, a veces sin siquiera aclarar cuál fue la interpretación que prevaleció y devino en doctrina o dictamen. ¿Por qué recuerda las argumentaciones de las partes, a veces sin siquiera aclarar cuál fue la que prevaleció?

En un interesante cuestionamiento auto-referencial, el texto de la Mishná dice: “¿Porqué se presentan las opiniones de la mayoría a la par de las opiniones de las minorías, aunque éstas últimas no son la ley?”. E Inmediatamente responde: “Para que los tribunales futuros puedan examinar sus maneras de argumentar y guiarse también por ellas” (Mishná Eduyot, 1: 3). La intención de la Mishná es preservar una *tradición interpretativa*. El redactor del libro logró su objetivo, y hoy esa tradición es parte indiscutida del núcleo de la identidad judía. Las Iglesias de los gentiles no recibieron *esa* tradición interpretativa de manos de San Pablo y los Padres Apostólicos, pero la mayoría de los discípulos judíos de Jesús, como los integrantes del Concilio de Jerusalem y sus discípulos, probablemente no se alejaron mucho de ella a la hora de interpretar las Sagradas Escrituras.

⁶ La parte de las Sagradas Escrituras del pueblo judío que evolucionó a partir de aproximadamente las mismas fuentes que el A.T. cristiano se denomina *Tanaj*. El A. T. y el *Tanaj* son igualmente antiguos y auténticos, pero difieren en la cantidad de libros que los componen y en el orden en el que aparecen. Además, el A.T. se basa en una versión traducida para que fuese comprensible para los judíos de cultura Helenista, mientras que el *Tanaj* se basa en otras fuentes, en hebreo. Finalmente: La cristiandad suele hacer una lectura cristo-céntrica de los mismos textos que para los judíos son fuente de enseñanzas espirituales que valen por sí mismas, en una exégesis que no las refiere al magisterio o vida de Jesucristo.

¿Cómo fue, entonces, aquella Iglesia temprana que conservó su inicial judeidad?⁷ Para la salud espiritual no es necesario tener rígidamente estructurada la arquitectura conceptual de un credo, pero es imprescindible tener los afectos ordenados, cada uno en su lugar. El amor de Jesús por Su propio pueblo, el judío, y el leal amor de la primera Iglesia por sus orígenes –judíos–, y por Jesús, le dieron una formidable persistencia, que le permitió sobrevivir, a pesar de todo, hasta mediados del siglo VII. Una manera de explorar su historia, la de esa otra Iglesia, consiste en buscar los indicios de ella que aún quedan en el N.T., y en algunos documentos de la época.⁸

La fe *en* Jesús no es lo mismo que la fe *de* Jesús. ¿Cómo interpretaba las Sagradas Escrituras el judío Yeshua,⁹ el que discutió con los cambistas del Templo de Jerusalem? No puedo responder con absoluta certeza a esta pregunta, pero intentaré construir una semblanza de al menos parte de Sus afectos y enseñanzas, además de algunas conjeturas acerca de Su personalidad y la de Sus contemporáneos. Seguramente un crítico sensato objetará que es muy difícil recrear los sentimientos y las vivencias de alguien que vivió hace casi dos mil años. Estoy de acuerdo, pero no es imposible, especialmente si, con prudencia, renunciamos a pretender certezas. Para introducirnos en el tema, digamos que, pese a que los cristianos hoy en día basan su credo en la vida y en las enseñanzas de Jesús, si hemos de dar crédito a los Evangelios, él jamás bautizó a nadie, ni enseñó ningún dogma y, tal vez, tampoco enseñó nada parecido a los sacramentos de la Iglesia.

Tratemos de visualizar a Jesús, el judío, ya que así nos acercaremos a la fuente evangélica y, porque, además, podremos quizás entrever qué fue lo que la cristiandad perdió al des-judaizarse. Después de veinte siglos y de todas las pasiones con que Su historia ha sido transmitida, la nuestra resultará finalmente no ser más que una, entre las varias “biografías” que hoy le son atribuidas.

⁷ Al hablar de la Iglesia *temprana* la estoy diferenciando de aquellas iglesias de hoy en día, surgidas de la reforma, que creen en la Divinidad de Jesús y que, compartiendo el credo y la visión cristocéntrica común a todas las iglesias de los gentiles, retoman algunas prácticas religiosas tradicionales del pueblo judío.

⁸ Incluyendo fragmentos traducidos de los *Rollos del Mar Muerto* y de la Biblioteca de Nag Hammadi.

⁹ Yeshua es la transliteración del nombre arameo de Jesús que considero la más cercana a la pronunciación original.

Una versión respetuosa de *la parte terrenal* de Su historia debería estar bien documentada pero, lamentablemente, a excepción de los escritos de la Iglesia, hay pocas fuentes de la época que lo mencionen.¹⁰ Sin embargo, para identificar a Jesús como judío religioso basta con lo que nos dice el Nuevo Testamento (N.T.).¹¹ Para comprenderle mejor en cuanto judío practicante, investiguemos la naturaleza y calidad de Sus vínculos con Sus allegados. ¿Cómo se llevaba Jesús con Su familia?

Parece que experimentó en carne propia aquello de que “nadie es profeta en Su propia tierra”, porque cuando el Nazareno¹² predicó entre los suyos no pudo hacer milagros con Sus parientes, quedando azorado ante la incredulidad con que lo recibían.¹³ Sin embargo, Su familia nunca lo abandonó; Su madre y otras mujeres de la familia lo acompañaron y amaron hasta en la hora más difícil.

En aquella época, la mayoría del pueblo judío, oprimido por la dinastía de Herodes y por las legiones romanas, anhelaba restaurar la libertad en la tierra de Israel,¹⁴ y seguramente Jesús compartía ese sentir popular. Según una enseñanza tradicional, uno de

¹⁰ Como el cronista Flavio Josefo, que en *Antigüedades Judías* (2013, Libro 20, cap .9), habla de “Santiago, el hermano de Jesús, a quien llaman el Cristo”.

¹¹ Jesús (= Yeshua) fue circuncidado y sus padres también hicieron para él la tradicional ceremonia judía de redención del primogénito (“*pidyon ha ben*”) (Lucas 2: 21-24). Sabía leer hebreo y rezaba los sábados en la sinagoga (Lucas 4: 16-17). Cumplía con todos los preceptos de la Torá y criticaba duramente a los judíos que no lo hiciesen (Mateo 5: 18-19). Murió crucificado por las tropas romanas (junto a miles de mártires del judaísmo) y fue enterrado de acuerdo con los ritos judíos, en la tumba de la familia de un judío practicante (Lucas 23: 53-56) que nunca hubiera consentido a que se diera sepultura, en el panteón de su familia, a alguien que no fuese un judío piadoso y observante de todas las normas religiosas.

¹² El N.T. menciona a los Nazarenos, diciendo que San Pablo era uno de sus líderes. ¿Qué es un Nazareno judío? No necesariamente sea alguien nacido en Nazaret. Los *Nasirim* son los judíos piadosos que hacen un voto religioso especial (de no cortarse el cabello y no comer o beber del fruto de la vid). Los *Nasirim* solían obtener —a cambio de cumplir su voto— dones o poderes especiales (Números 6: 1, Sam 1: 11, Jueces 13: 4-5). Un Nasir célebre fue Sansón, que obtuvo su fuerza porque su madre hizo los votos por él, durante el embarazo. Tal vez Jesús hizo el voto nasir (Lucas 22: 18) “no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de los cielos”. Sin duda que denominarlo *Nasir* era señalarlo como un judío muy piadoso, bendecido con poderes extraordinarios, y es probable que por verlo a Jesús de esta manera, es que tomaron ese nombre un grupo de sus seguidores judíos. Hoy en día es muy inusual, pero todavía sigue habiendo quienes hacen esos votos, como por ejemplo el renombrado rabino David Cohen (1887-1972).

¹³ En Marcos 6: 5-6 “Y no pudo hacer allí ningún milagro; sólo sanó a unos pocos enfermos sobre los cuales puso sus manos. Y estaba maravillado de la incredulidad de ellos”.

¹⁴ En Hechos 1: 6 “Entonces los que estaban reunidos, le preguntaban, diciendo: ‘Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino de Israel?’”

los Mesías que restaurarían a Israel sería un descendiente del Rey David. Por ser hijo de San José, Jesús satisfacía esa condición, pero ¿Jesús creía ser el Mesías? No lo sabemos, pero es llamativo que *prohibiese* a Sus discípulos decir que él era el Mesías.¹⁵

A veces, el camino más corto hacia lo que deseamos saber es un recorrido sinuoso, que de manera suave y agradable va sorteando los obstáculos que el prejuicio le pone a la curiosidad. Para poder comprender el sentido judaico de Sus enseñanzas, preguntémosnos si Jesús habrá tenido *in mente* dirigirse únicamente a la futura Iglesia de los gentiles sabiendo que, a pesar de los obstáculos idiomáticos e ideológicos, sería la única que, finalmente, interpretaría Sus enseñanzas de la manera correcta.

¿No habrá tal vez enseñado algo dirigido directamente a Sus interlocutores materiales, la gente que pudo oír cómo respiraba mientras callaba y que creció practicando Su misma religión? El N.T. relata un incidente que responde parcialmente a este interrogante: una mujer se le acercó para pedirle ayuda para su hija enferma y él se la negó, diciéndole que Su misión era, en primer lugar, para con el pueblo judío. Jesús le explicó que atender el pedido de ella –que no era judía– sería como alimentar a los perros antes de dar de comer a los propios hijos. Sin embargo, la mujer insistió y finalmente él se apiadó y sanó a la hija, *a pesar de que no era judía. Según* El N.T., Jesús parecería haber tenido prejuicios respecto de la espiritualidad de los no judíos, ya que, antes de enseñarles a Sus discípulos el Padrenuestro, les advirtió: “*Y al orar no uséis repeticiones sin sentido, como los gentiles,*¹⁶ *porque ellos se imaginan que serán oídos por su palabrería*” (Mateo 6: 7).

Supongamos entonces –a los fines de esta exploración–, que algunas de Sus enseñanzas estaban dirigidas a quienes conversaron con él y aprendieron incluso de los silencios entre Sus palabras. Ellos, los que lo conocieron personalmente, no sabían que algún día –en el futuro– la cristiandad de los gentiles entendería que Él era una de las personas de la Santísima Trinidad.

¹⁵ En Mateo 16: 20 “Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que él era el Cristo”.

¹⁶ Los *gentiles* son las gentes de otros pueblos (en hebreo: los *goyim*), los no judíos.

Aunque en estas páginas expongo ideas sobre la naturaleza humana de Jesús que pueden ser parecidas a las ideas heréticas de los Ebionitas, a diferencia de ellos conozco (y no cuestiono) las creencias y doctrinas de la cristiandad de hoy. Simplemente intento resaltar el contexto inicial en el que se dio, para así entender Su magisterio desde otra perspectiva.¹⁷ Intentaré discutir un punto –sin contradecir las doctrinas establecidas–: ¿Es posible que la Iglesia –al apartar de sí aquellas herejías- lo hiciera de manera tan vehemente que terminó perdiendo una parte del legado de Jesús? Concretamente: ¿qué *sentido* diferente del que hoy se les atribuye tuvieron Sus enseñanzas, y cómo fueron entendidas en aquel primer contexto?

3. El entorno judío de Jesús

Consideremos la “Última Cena”. Con los siglos, la cristiandad llegó a creer que Jesús se haría presente en el pan y el vino y que, durante la Sagrada Eucaristía, estos se transforman en Su carne y Su sangre. Pero, para los que estuvieron allí, que todavía no conocían la doctrina de la Transubstanciación, habría otra interpretación posible. Ante la mirada de Sus discípulos directos, durante la Última Cena, ¿Jesús comulgó? A punto de dar Su vida por la de Sus amigos, Jesús les enseña que el camino hacia Dios pasa por el amor santo entre las personas, la amistad. “*nadie tiene un amor mayor que quien da su vida por sus amigos*” (Juan 15: 13). Para que lo recordasen a Él, les pidió que en el futuro,¹⁸ al agradecer los alimentos que los mantenían con vida, recordarán también Su sacrificio para salvarles la vida. Cuando en el N.T. dice que el pan *es* Su cuerpo y que el vino *es* Su sangre, ¿pudieron los amigos por los que dio la vida Jesús haber entendido que empleó, también en esta ocasión, una figura retórica como las parábolas a las que era afecto? Para poder discernir cuál es y qué nos dice la “palabra de Dios” a nosotros, ¿cómo haremos? ¿Consideraremos que la “Palabra de Dios” no está en la literalidad del texto –redactado por inspirados seres humanos– sino en el testimonio de la presencia de Dios manifestándose a Su pueblo? En todo caso queda claro que la lógica de la fe no es idéntica a la simple lógica

¹⁷ De la que dan testimonio los cristianos contrarios a la herejía Ebionita: Hipólito de Roma (7: 22): “Refutación de todas las Herejías” San Justino Mártir (47.4: 48): “Diálogo con Trifón, el judío”; Irineo de Lyon (1.26.2); y también en la correspondencia entre San Agustín y San Jerónimo.

¹⁸ Durante la última cena, les dijo: “Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22: 19).

de la razón, y que en la interpretación de las Sagradas Escrituras se aplican claves y criterios que son transmitidos por fuera de la literalidad del texto.

Las palabras de un judío creyente, afecto a las parábolas, dispuesto a dar Su vida por la de otros¹⁹, probablemente tuvieron –para Sus interlocutores– un sentido diferente al que le atribuyen los desarrollos teológicos posteriores. Afirmar esto no contradice ni niega esos desarrollos. Simplemente invita a recordar que las mismas palabras, dichas por otra persona, ¿acaso no quieren, a veces, decir otra cosa? En mi opinión el significado de lo dicho por una persona depende de lo que supongamos *a priori* sobre quien lo dice, nunca queda determinado inequívocamente por las palabras en sí mismas; cambiará por lo tanto enormemente si suponemos que quien las ha dicho es Dios. ¿Qué sentido habrán tenido Sus palabras para aquellos de Sus primeros discípulos que solamente veían en él a *un hombre sabio* –más sabio que muchos–, tal vez tan sabio que pudo llegar hasta el corazón de los pobres de espíritu, la gente simple y menos instruida de Su pueblo, el *am Israel*?

Seguramente Su palabra les llegó a brindar el consuelo que ellos –como muchos otros– necesitaban. Ese consuelo, en parte gracias a ellos, perduró y llegó mucho más allá del terruño. Les donó que, aunque él ya no estuviera, Sus enseñanzas permanecerían, y de ellos dependía recordarlo. Según los Evangelios solamente les dijo que hicieran lo mismo que él estaba haciendo (compartir el pan y el vino con amor, que no es lo mismo que consumir la carne y sangre del crucificado). Recordemos que también dijo: “*si, pues, tu ojo derecho es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de tí*” (Mateo 5: 29), pero son muy pocos los que interpretarían tan literalmente esta última indicación, pese a que parece clara y explícita.

Aquel Jesús invitó a Sus discípulos y amigos, y a través de ellos a la primera Iglesia, a recordarle y a vivir en el amor hasta la muerte. Eso no es *necesariamente* la institucionalización de la Sagrada Eucaristía; sin embargo, el amor de quien da su vida por sus amigos no deja de ser un precioso obsequio a la humanidad, y en él brilla una chispa de

¹⁹ Sin el conocimiento de Sus discípulos, Jesús pudo haberse postulado para apaciguar la sed de sangre de los militares romanos quienes, para descabezar una potencial insurrección popular, iban a matar a muchos de Sus amigos. Caifás, en el N.T., dice: “es mejor que muera uno solo y no todo el pueblo”.

la luz infinita, la *Or ein Sof* que, según las enseñanzas de la Cabalá, ha quedado atrapada en el alma de cada ser humano.

Miles de judíos habían sido crucificados por los romanos en Galilea, medio año antes de nacer Jesús. Según el N.T. fue justamente allí, en Galilea, que San José conoció a María, *embarazada* y desamparada²⁰ y, apiadándose de ella, le dio un hogar. Un Jesús plenamente Divino, pero también con sentimientos humanos, nacidos en una familia atravesada por esa cruel realidad de la historia, encontró cómo dar consuelo a quienes a Su alrededor se sentían desamparados por el Padre celestial. Cualquiera haya sido la dinámica afectiva que llevó a Jesús a no rehuir la cruz, la misma generó un poderoso cóctel de sentimientos de amor y culpa que se propagó entre Sus discípulos y entre los amigos de Sus discípulos hasta llegar a tierras distantes y culturas muy diferentes.

Volvamos a los vínculos con Sus allegados. La circunstancia de que Jesús no fuera hijo carnal de José, ¿pudo haber ocasionado burlas por parte de la parentela? Recordemos que Sus allegados no comenzaron a creer en Él sino hasta las bodas de Caná, y que la doctrina de Su concepción virginal no terminó de afianzarse en la Iglesia sino hasta mediados del siglo II. ¿Es posible que alguien le hiciera sentir vergüenza al joven Jesús por Su origen incierto, humillándolo? No lo sabemos, pero a juzgar por cómo es el mundo, esto pudo ocurrir. Lo que una persona aporta a este mundo no son las cosas que le suceden a su pesar, sino lo que hace con lo que le ha sucedido. Si podemos suponer que existió ese lado amargo de la juventud de Jesús, también podemos suponer que le habrá sensibilizado para con el sufrimiento de los humillados de la tierra. Tal vez, ya de niño aprendió a realizar el milagro espiritual de transmutar el dolor en sabiduría; y, luego, regaló a otros Su milagro, para consuelo de los que padecían los insultos del poder.

²⁰ ¿En qué circunstancias se unieron María y José? Permítaseme compartir un escenario posible, imaginado por mí. Fue al pie de una cruz en la que murió alguien muy importante para ella (¿quizás el padre de María?). De oficio José era un *Tékton* (en griego: constructor, carpintero); que probablemente trabajaba con vigas, cruces y maderos. Quizás encontró una joven, helándose su alma bajo la sombra del crucificado cadáver de su ser amado y, luego, al ver su desolación, le vino a la mente (¿quién sabe de dónde?) decirle que no se preocupara, que lo que en ella fuera engendrado sería Santo, y que si tenía un hijo sería el hijo del padre celestial.

Como consecuencia de la Tradición Interpretativa²¹ (Hartman, 2005) que a partir del siglo II prevaleció en la Iglesia, muchos creen que la religión de los judíos era en aquel entonces una cosa seca y carente de espiritualidad, pero la realidad histórica es otra. Eran los ritos impersonales de la religión oficial del Imperio Romano, carentes de toda enseñanza ética, oficiados por funcionarios públicos, los que provocaban poca respuesta emocional entre los súbditos de Roma, que exploraban ávidamente cultos y religiones foráneas. Sus primeros discípulos fueron los incrédulos miembros de Su familia extensa, los parientes lejanos que concurrieron a esa boda, que seguramente eran leales a *Adonai Ejad*, Dios único, tan poderoso en amor, que el emperador de Roma no pudo eclipsarlo en sus corazones.

4. Jesús y los Fariseos

Llegados aquí, me parece oportuno hacer ahora una aclaración para poder explorar el sentido profundo de las enseñanzas de un maestro espiritual originado en el judaísmo. Es necesario aclarar que la identidad judía, el alma nacional del pueblo judío, es más que la persistencia de un provincialismo anacrónico teñido de mistificaciones. Sus valores profundos le vienen de lejos. Según Baal Shem Tov, recordar esos valores es ya el comienzo de la redención porque “*el exilio solamente persiste mientras uno olvida*”.

¿En qué consisten los valores espirituales de lo judío? Para ponernos en contexto, contemplemos ahora el panorama cultural de la época anterior al advenimiento de Jesús, desde la perspectiva de un historiador. En el año 587 a.e.c. los babilonios destruyeron el primer gran Templo de Jerusalem –construido por el Rey Salomón–, y llevaron a gran parte de la población del reino de Judá²² al cautiverio en Babilonia. En el exilio, ellos

²¹ Más adelante volveremos sobre este punto.

²² El bíblico reino de Israel, el de Saúl, David y Salomón, se dividió en el 924 a.e.c. en dos reinos: el del norte, denominado la “*casa de Israel*” y el del sur, conocido como la “*casa de Judá*”. El reino del norte fue arrasado por los Asirios, que llevaron a casi toda su población al exilio en el 723 a.e.c. La gran mayoría de aquella “*casa de Israel*” perdió su conexión con la tradición Abrahámica. Son las famosas 10 tribus perdidas, nunca olvidadas por los habitantes del reino del Sur. En el 586 a.e.c. el reino de Judá fue invadido y parte de su población deportada a Babilonia. A diferencia de la “*casa de Israel*” los de la “*casa de Judá*” conservaron su identidad nacional y después de apenas 55 años, los Persas derrotaron a Babilonia y los liberaron de la esclavitud. En la biblia hebrea (*Tanaj*) Ciro –rey de los Persas– es recordado como un Mesías. 500 años más

comenzaron gradualmente a construir otro “Templo”, de naturaleza más espiritual que material, basado en el estudio de las Sagradas Escrituras. Cuando cincuenta años más tarde los Persas derrotaron a los Babilonios, liberaron a los Judeos. Una pequeña parte del pueblo Judeo, volvió a su tierra, pero la mayor parte eligió quedarse en la Mesopotamia Babilonia y en Persia. Los que retornaron a la tierra ancestral, levantaron el Segundo Templo, pero la cultura que se transmitía en los centros comunitarios (sinagogas) desparramados en las tierras del exilio pasó a ser la médula espiritual de todos los judíos, también los de Jerusalem.

En la época de Jesús –500 años después del retorno del cautiverio babilónico y de la refundación de Judea–, en el trono de Jerusalem se había encaramado una impopular dinastía de origen extranjero –la del Idumeo Herodes– que se sostenía en el poder gracias al apoyo militar de sus patronos romanos. Sus cortesanos eran una camarilla de cultura helenística. El pueblo detestaba a la dinastía herodiana, a Roma y a sus aliados –los judíos helenistas–. Ese sentir popular se manifestaba especialmente en los sitios alejados de las guarniciones romanas, como el desierto de Judea o las orillas del Jordán, donde predicaba San Juan Bautista. Según San Pedro, “*la Iglesia gozaba de paz por toda Judea, Galilea y Samaria*”,²³ mientras que Jesús “*también hablaba y discutía con los judíos helenistas, mas estos intentaban matarlo*” (Hechos 9,29).

Cuando alrededor del año 70 e.c. los romanos arrasaron el Segundo Templo, la práctica religiosa judía cambió definitivamente. La *rigurosidad* de los ritos fue transferida a la plegaria individual, la cual cedió parte de su espontaneidad para dar lugar a una liturgia. El texto de las plegarias personales e, incluso, su distribución a lo largo de las horas del día, se fijaron como si se tratara de ceremonias de Estado. Hasta ese momento habían coexistido

tarde, en la época de Jesús, los judíos seguían esperando al Mesías, que trajese de regreso al redil a los desaparecidos hermanos de la norteña “casa de Israel” (Mateo 15: 24 “Y respondiendo, Él dijo: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”).

²³ El judaísmo rabínico y el cristianismo se originaron ambos en el movimiento fariseo. La renegación de los orígenes judíos de la Iglesia tiene como consecuencia que los cristianos hoy creen que los enemigos de los discípulos de Jesús eran los fariseos, pese a que Pablo se declara fariseo y a que (Hechos 5: 17 y 5: 30) el sumo sacerdote y la camarilla que entregó a Jesús a los romanos no eran fariseos (eran saduceos, un impopular grupo ultraconservador, *enemigo de los fariseos* y aliado político circunstancial de la dinastía herodiana).

la plegaria espontánea de los individuos con el culto en el Templo de Jerusalem y también con el estudio en las academias rabínicas. Perdido el Templo, los sacerdotes ya no realizaban los sacrificios ante el altar y su predicamento social mermó. Guiados por sus maestros²⁴ fariseos,²⁵ la gente del pueblo asumió parte de las responsabilidades litúrgicas que antes solamente le habían correspondido a los sacerdotes oficiantes en el Templo.

De este modo el pueblo se percibió cada vez más a sí mismo tal como lo habían querido los profetas: como una nación espiritual, una nación de sacerdotes. Ese complicado proceso generó tensiones internas dentro del amplio movimiento fariseo y, como consecuencia, los líderes de las diferentes facciones a menudo se acusaban entre sí. Era usual que se acusasen unos a otros de errar en el cumplimiento de la Ley. Si bien en el N.T. hay varias expresiones de Jesús que tradicionalmente se interpretan como una crítica *a todos* los fariseos, esa exégesis no tiene en cuenta que Él les enseñó a Sus discípulos que debían hacer todo lo que los fariseos enseñaban, pero no hacer todo lo que los fariseos hacían. Es decir que Jesús en los Evangelios se identificaba con las enseñanzas del movimiento fariseo y repudiaba a los hipócritas que había entre ellos. Negar que el magisterio de Jesús es afín a un sector del movimiento fariseo, e identificar a todo el fariseísmo con la hipocresía de algunos de ellos, es una de las expresiones de la tradición interpretativa (que des-judaiza a Jesús) propia de la cristiandad de los gentiles. Así como elude el declarado sentido judaico del magisterio de Jesús, en el futuro podría seguir fomentando en la grey cristiana un sentimiento antijudío.

Según los Evangelios, Jesús²⁶ responde, a quienes criticaron a sus discípulos por arrancar unas espigas durante el Shabat, que es lícito hacerlo. Explica, a esos fariseos criticones, que lo mismo habían hecho una vez David y sus acompañantes, para saciar el hambre. ¿Es necesario entender esta enseñanza de Jesús como una derogación de las normas sobre cómo comportarse en Shabat? Obviamente esas normas, propias de la

²⁴ Un *rabino* es alguien que ha estudiado la ley judía, pero eso no significa que tenga poderes especiales para mediar entre Dios y los hombres. En hebreo “*nuestro maestro*” se dice: “*rabeinu*”. Los rabinos son los herederos de las enseñanzas de los maestros fariseos.

²⁵ Con los discípulos de Juan el Bautista (Marcos 2: 18).

²⁶ Véase Marcos 2: 27-28.

tradición judía, rigen exclusivamente para los judíos (o para quienes elijan integrarse a vivir entre ellos) y no corresponde que Sus discípulos gentiles, o las gentes de otros pueblos, se sometan a ellas. Estamos todos de acuerdo en que la Torá es el camino de salvación para los judíos, y que Jesucristo es el camino de salvación para los cristianos. ¿Cuál es entonces el problema?

Cuando las palabras de Jesús son tomadas como las palabras de un maestro fariseo reconocido como tal, son parte de una *discusión tradicional judía* sobre cómo interpretar la ley (la Halajá) ¡para su mejor cumplimiento! En cambio, si Sus palabras son “la palabra de Dios”,²⁷ la revelación fundacional de una nueva religión, entonces podrán *también* significar otras cosas, especialmente para gentes de otros pueblos que no están familiarizadas con la discusión talmúdica. Un punto clave, que se escapa a quien no aprecie el estudio judaico de “la Ley” (Halajá), es que según el N.T., Jesús y Sus interlocutores fariseos estaban *de acuerdo* con una enseñanza (farisea) que es discutida en el Talmud.²⁸ La enseñanza es que ciertas acciones –que normalmente estarían prohibidas en Shabat– estarán permitidas si se realizan de manera diferente a la habitual en los otros seis días de la semana. Lo que estaba en discusión entre Jesús y esos criticones eran meros detalles de cómo debían realizar esas acciones los discípulos de Jesús, para considerarlas aptas para el Shabat. Esa discusión tiene sentido en un contexto en el que los pequeños gestos cotidianos, que tienen un sentido práctico inmediato, además son símbolos, que también tienen un sentido espiritual –y este es el caso, tanto para Jesús, como para sus interlocutores en el Evangelio y para el Talmud–. Este aspecto –netamente judaico– del magisterio de Jesús es, a mi entender, desestimado por la tendenciosidad des-judaizante de la tradición interpretativa cristiana, que con tal de diferenciarse de la santificación del Shabat, se priva

²⁷ Título de una disertación del sacerdote Dr. Gerardo v. Söding en uno de los encuentros de Diálogo Interconfesional sobre temas teológicos.

²⁸ Normalmente, si uno fuese a tomar unas espigas al pasear por un trigal, lo haría usando las manos. El Talmud (Babli, Beitzah 14) narra que según el rabino Rav estaría permitido tomar algunas espigas en Shabat (es lo que hicieron los discípulos de Jesús), pero con la condición de que se lo hiciese solamente con la punta de los dedos de una mano. En la misma página leemos que un grupo de rabinos se ríen de esa enseñanza de Rav y, en cambio, sostienen que no es necesario tomar los granos de una manera rebuscada, ya que habitualmente se usarían varios tipos de herramientas y canastos, o al menos las dos manos juntas, por lo que bastaría con simplemente no usar esas cosas en Shabat para que esté permitido recoger (siempre y cuando sea con una sola mano) y aventar algunas espigas con la intención de comerlas en el momento.

de este cimiento evangélico para explorar la dimensión sagrada de los pequeños gestos cotidianos.

Si pudiéramos deponer la idea que propone un Jesús depurado de todo rastro de *Su* judeidad (un Jesús “Judenrein” dirían los nazis), podríamos tomar esta escena de los Evangelios como una evidencia documental extra-comunitaria de que las discusiones que luego se compilarán en el Talmud efectivamente se daban entre los fariseos a comienzos del siglo I e.c.

5. El trabajo (“*Avodah*”) y los días

Cuando la Iglesia de los gentiles dejó de atesorar la Ley judaica –pese a que Jesús declaró que había venido para para cumplir con ella (Mateo 5: 17) y no para abolirla–, los cristianos comenzaron a creer que la de los judíos es una religión excesivamente apegada a las formalidades de la práctica (y carente de verdadera fe). Sin embargo, el apego a la Ley judaica, y a su interpretación, conservan todavía hoy el sentido espiritual, que –supongo– tuvo para Jesús y Sus discípulos directos.

Al final del servicio religioso de Iom Kippur, durante la Neilah, se reza un versículo conmovedor: “*Ein Shiyur rak ha Tora ha soř*”: “Nada queda” –después de la destrucción del Templo y del exilio– “*sino esta Torá*”. Solamente queda un libro, una instrucción, eso es lo único que separa a los judíos de vivir vidas sin esperanza. La Torá no es solamente una legislación surgida de una revelación –que ya con eso nos bastaría–. A diferencia de todas las civilizaciones de la antigüedad, la gente que vive según la Torá decidió que la educación no es solamente para una élite, ni solamente para los niños. La supervivencia del pueblo judío sucedió como consecuencia, gracias a las vidas dedicadas al estudio de la Torá, y no al poder ni a la fuerza. El estudio es el hilo conductor que atraviesa todas nuestras generaciones, durante más de 2500 años.

El estudio *judaico* de la ley ha gestado una cultura difícil de explicar, y sería imposible hacerlo con pocas palabras. La acumulación de sucesivos traumas trans-

generacionales sedimentó, a través de los siglos, en una instancia del *alma nacional* del pueblo judío. Esa instancia, pone a todas las expresiones culturales al servicio del imperativo ético de vivir en rectitud. Todo, en esta cultura, conduce a asumir con devoción el compromiso de estudiar, para poder cumplir con la ley, a pesar de todas las dificultades que el exilio y las limitaciones personales impongan. Estudiar la Halajá, para pulir minuciosamente cada gesto, cada detalle del propio comportamiento, como si cada momento de la vida privada fuese una ceremonia sagrada, es, ciertamente, una enorme exigencia,²⁹ pero es también un recurso para metabolizar el trauma trans-generacional. El objetivo es llegar a poder decir, como lo hizo Ana Frank (en su *Diario*, el 4 de abril de 1944), “*Yo misma soy mi mejor y más agudo crítico*”.

Servir a Dios es *Avodah*, trabajo cotidiano. La dimensión sacerdotal de la vida diaria le agrega a la cotidianeidad una coreografía de santidad. Así como practicar regularmente la meditación reconfigura al cerebro de manera medible, del mismo modo la suma de los rituales cotidianos de la práctica judía resulta en una mayor resiliencia. Otorga la posibilidad de volver a desplegar una confianza fundamental, que ayuda a vivir en gratitud y da buena forma al proceder, hablar, sentir. Los gestos rituales religiosos de la cotidianeidad son al logro espiritual lo que el entrenamiento diario es para el deportista. Si es humilde, cuando gane pensará que tuvo suerte, pero sabe que cuanto más entrene más suerte tendrá.

Estudiar la Torá es, también, acercarse al consuelo brindado por los Salmos, que han guiado a generaciones de judíos y cristianos al sinceramiento, el autoanálisis y a iluminar los repliegues más recónditos de la propia personalidad, al dar voz al eco de la rabia llorada por tantos ancestros, junto a tantos ríos, ¡tantas Babilonias!

²⁹Ordenar la cotidianeidad en función de lo estudiado sirve para tener lo que parecerá una vida organizada, a pesar de todo, y para gradualmente metabolizar el trauma trans-generacional. El T.T. puede expresarse, en las primeras generaciones, como una profunda indefensión y desamparo. El primer tramo de la elaboración del T.T. puede –y suele– estar plagado de conflictos del sujeto con su identidad judía y con la factibilidad de tener códigos en común con otros. En las generaciones siguientes a la del hito histórico traumático inicial, muchos se van alejando de la grey judía, a veces sin darse cuenta. Para los que se quedan en el redil, suele prevalecer la *búsqueda* de la justicia, que se puede encauzar a través del estudio e interpretación personal de las normas de las Sagradas Escrituras, pero también puede volcarse a las ciencias jurídicas y sociales, o al activismo político y al sionismo.

Las vidas dedicadas a estudiar cómo vivir con rectitud y justicia son vidas dedicadas a colaborar con la obra de Dios. El estudio como acto sagrado orientado a pulir el *discernimiento* que nos fue otorgado a todos los humanos, tiene un objetivo concreto: ocuparnos correctamente del bienestar del prójimo. En el N.T. la carta de Santiago todavía expresa algo de esta espiritualidad judaica, inclinada más a obrar cuidando las necesidades del otro que a los artículos de fe de un credo.³⁰

La literatura rabínica se interesa más en establecer las normas correctas de la práctica ritual que en determinar doctrinas teológicas. Si bien se suele hablar de una ortodoxia judía, sería más descriptivo decir que es una ortopraxia. Sus normas rigen una manera de andar (“*Halajá*” –la palabra que suele traducirse como “*ley judía*”– literalmente significa “*andar*”) a través de la historia. La persistencia de la forma de vida que se rige por la Halajá, no es por la “obstinación” de los judíos. Maquiavelo decía que las leyes logradas por consensos y acuerdos duran más que las impuestas por la fuerza. El andar de la Halajá ha perdurado 2500 años porque camina con dos piernas: la autoridad del Todopoderoso y también el consenso entre quienes, en cada generación, actualizan la manera de implementar sus leyes sin perder la continuidad de la tradición interpretativa.

El hilo conductor, que empieza en el exilio babilónico, de allí pasa al movimiento fariseo y de éste al judaísmo, es el consenso sobre que las normas, que hace miles de años surgieron de las Sagradas Escrituras, necesitan ser interpretadas de nuevo en cada generación, y que hace falta que *cada generación* estudie las leyes y se forme en la tradición interpretativa. ¿De qué serviría enunciar los conceptos si no supiéramos cómo implementarlos correctamente en nuestras vidas?

³⁰ “Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: ‘Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran’, pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta” (Santiago 2: 14-17).

Adolf Eichmann, el notorio jerarca nazi, fue juzgado por los crímenes que cometió durante la Segunda Guerra Mundial porque, personalmente, había organizado con prolijidad e indiferencia burocrática el asesinato de muchísimos seres humanos. En su descargo no negó los hechos, pero se declaró inocente porque, según dijo, cumplía órdenes. En su alegato final, el 12 de julio de 1961, dijo que él había sido “*un idealista*”.

¿Un “idealista”? En este caso, significa simultáneamente dos cosas diferentes. En primer lugar quiere decir: “*He leído a Kant, y a Lessing, y me deslumbraron con la bella arquitectura de sus catedrales conceptuales*”. Pero a mi entender, dado que no negaba haber ordenado a sangre fría el asesinato de miles de inocentes, entonces en su caso “idealista” también significa: “*mis padres, y la cultura en la que crecí, no me formaron para pensar las leyes de mi país con humildad, ni para asumir mi responsabilidad personal de decidir qué haré yo para traducir mis ideales en acciones concretas*”. “*No me prepararon para que mi discernimiento guíe mi proceder*”. Eichmann ¿hubiera hecho eso que hizo, si se hubiese formado aprendiendo que está mal que un juez firme una sentencia de muerte –aunque la ley diga que puede hacerlo–? ¿No se hubiera cuestionado si planificar asesinatos es realmente hacer lo que a los ojos de Dios es correcto y bueno (Deuteronomio 6: 17-18)?

La persistencia de la Halajá no reside solamente en las grandes ideas que desde antaño se expresan en las Sagradas Escrituras, sino en su manera única de maridar filosofía y vida diaria. Cada mínimo acto y cada gesto, por más prosaico que parezca a otras miradas, termina para los judíos de la Halajá teniendo el sentido de un símbolo de gratitud y humildad ante el creador y la creación.

Muchas culturas han pensado que el ser humano no puede cambiarse. Los griegos, por ejemplo, creían que somos lo que somos, y que no podemos cambiar lo que somos. Creían que el carácter es el destino.³¹ Pero la Biblia enseña, a los judíos, que Dios alguna

³¹ Sus héroes nacían predestinados para ser héroes, aunque tal vez les tomase mucho darse cuenta de ello. Antes de nacer Edipo, su ineludible destino y el de su padre Layo ya habían sido predichos por el oráculo de

vez dijo que “*en cuarenta días Nínive será destruida*”. Pero los habitantes de Nínive se arrepintieron y entonces el decreto fue cancelado. Hoy en día hay muchos que sostienen que nuestro carácter y las cosas que hacemos están determinados por nuestro ADN, clase social, instintos, crianza, pero la tradición judía es intransigente: Si no tuviéramos la posibilidad de cambiar lo que parece ser nuestro destino ¿qué serían la responsabilidad y la esperanza? La liturgia de las festividades de Rosh Ha Shaná y de Iom Kipur gira alrededor de esta visión de que el destino puede ser cambiado.

6. La tensión entre las doctrinas consensuadas y el discernimiento personal

Una manera de definir qué es la fe, la entiende como una especie de saber acerca de lo trascendente. La otra manera, denominada (en hebreo) *Emuná*, es ajena a las precisiones doctrinarias. Esta otra forma de la fe, la *Emuná*, se desarrolla a partir de la confianza que un ser humano tiene en la humanidad de otro. En esencia, es la confianza que nace espontáneamente del vínculo madre-bebé y, desde allí, es transferida a otros vínculos sociales. La confianza es algo sencillo y lindo, que tiene un asombroso poder sanador. La forma de fe que San Pablo enseñó a los gentiles es la primera, más inteligible para la cultura helenista. Esta faceta de las enseñanzas de San Pablo contribuyó a la difusión de la fe en Jesús, pero omitiendo una parte de Su legado.

San Pablo definió la que luego sería considerada por la teología como la única fe válida –la única que garantiza la salvación, diciendo que consiste en creer en la resurrección y confesarse siervo de Jesús–. Esa forma de fe que enseña San Pablo difiere, en más de un sentido, de la *de* Jesús. En primer lugar, está la cuestión de asignarle tanta importancia a los milagros sobrenaturales, como la que San Pablo le da al de la resurrección de Jesús.³² Para la tradición interpretativa judía los milagros “sobrenaturales” son menos

Delfos y nada pudieron hacer para cambiarlo. Los héroes lo eran por nacimiento, no se construían a sí mismos a partir de una decisión tomada libremente. Platón creía que algunas personas son de oro, otras de plata, y otras de bronce. Aristóteles sostenía que algunos nacen para gobernar y otros para ser gobernados.

³²Aunque los desarrollos teológicos posteriores concluyen que la resurrección de Jesús fue *en la carne*, es posible que en vida San Pablo hubiese enseñado algo diferente. Cuando Jesús se le presentó (Hechos 9: 3, 22: 6 y 26: 13) no lo hizo con un cuerpo material, físicamente vuelto a la vida, sino como una Luz. Años más tarde, San Pablo explica que, a diferencia del cuerpo que se entierra, que es corruptible, el cuerpo que resucita

importantes que los milagros cotidianos, como el de la amistad o el del amor, cuyo perdurable resplandor puede cegarnos por lo que, a veces, los naturalizamos y olvidamos que son milagros. Quién puede ver a Dios a través de los milagros naturales y cotidianos es más sabio que quien demanda demostraciones palpables de la omnipresencia de lo “sobrenatural”, y todo lo que creemos saber sobre el orden natural de la creación no es más que una ilusión que enmascara lo desconocido.³³

El Talmud³⁴ narra una historia que ilustra la importancia relativa que tienen los milagros para la tradición rabínica. Resulta que el Rabino Eliezer, un muy respetado ultra-tradicionalista –que se oponía a cualquier cambio en la manera de interpretar y aplicar las leyes de la Torá–, había ya argumentado de muchas maneras para defender su posición, pero de todos modos la mayoría no aceptaba su punto de vista. Entonces el Rabino Eliezer declaró: *“Si la ley es como yo sostengo, que este árbol lo demuestre”* y el árbol saltó a cien *ammas* de distancia, pero ellos dijeron *“un árbol no puede aportar testimonio”*. El Rabino Eliezer insistió y dijo *“que estas aguas lo determinen”* y el río comenzó a fluir aguas arriba, pero sus colegas respondieron que las aguas no pueden determinar cómo interpretar la ley. Una vez más insistió el rabino pidiendo a las paredes de la sala de estudio apoyo a su posición. Comenzaron a trepidar y curvarse, y entonces el portavoz de la mayoría, el Rabino Joshua, les increpó: *“Cuando los maestros se abocan a discutir una ley, ¿qué derecho tenéis a interferir?”* Entonces los muros se detuvieron y no cayeron, por respeto al Rabino Joshua, pero tampoco volvieron a enderezarse, por respeto al Rabino Eliezer, y *“así quedaron, ¡hasta el día de hoy!”*. Pero el Rabino Eliezer, que no se daba por vencido, levantó la voz para exclamar: *“Que el cielo decida”*. Entonces se oyó una voz del cielo que decía: *“¿Porqué disputáis con el Rabino Eliezer?; la ley siempre es como él dice que es”*. Entonces el rabino Joshua se puso de pie y proclamó (citando Las Escrituras) *“¡No está en el Cielo!”*. Según explica el Rabino Jeremías:

es incorruptible (1 Corintios 15: 42). Por otra parte, en los Evangelios se dice que los que resuciten de entre los muertos “serán como los ángeles en los cielos” (Marcos 12: 25).

³³ La palabra hebrea para designar a este mundo, *Olam*, deriva de la que designa a “lo que está escondido”: *neélam*.

³⁴ En Baba Mezhiah.

La Ley ya fue dada en el Sinaí y no le prestamos atención a las voces celestiales, porque en esa Ley queda establecido que ella Sigue a la mayoría”. “La verdad de Dios, la Ley Divina, no es determinada por milagros o voces celestiales, sino por el conjunto colegiado de los maestros, seres humanos que se han dedicado a la Ley, a estudiarla y a aplicarla a la vida de la comunidad piadosa.

Cuando San Pablo enseñó su interpretación personal del legado que recibió de la Iglesia judía, no explicó el sentido e importancia que para ésta tenía cada una de las interpretaciones personales de las Sagradas Escrituras, como parte de un conjunto de voces autorizadas que buscan el consenso en base a los valores humanos centrales de la Torá. Aunque hay reglas para la exégesis –como las de Hillel, Rabi Ishmael y Rabi Akiba–, en el estudio de la Torá no se aprende solamente una serie de reglas o un sistema para procesar conceptos. La Torá dicta normas y leyes, pero también narra historias como las del Patriarca José, cuya interpretación es parte integral de la tradición que encarrila la interpretación de las normas legales, situándolas en un contexto que permite el *aggiornamento*, pero las conduce a conservar la orientación en valores éticos. En la tradición interpretativa judía, el estudio tradicional (= Talmud) consiste en recibir junto a maestros, amigos y discípulos la instrucción (= Torá) para el correcto andar (= Halajá) al acercarnos a lo sagrado (= Avodá), siempre en pos de “*la justicia, y solamente la justicia (...)*” (Deuteronomio 16: 20)

¿Qué clase de justicia? Henri Bergson (1932) lo explica en su descripción del funcionamiento de una *sociedad abierta*: Una justicia abierta simultáneamente a la razón (por oposición al predominio de los prejuicios irracionales que someten a lo convencional), al debate (por oposición al conformismo mudo o la perpetua reiteración de un discurso ideológico dado) y al cambio (hacia un futuro incognoscible, a determinar). Pero si la sociedad fuese en esencia solamente un club de debates, ¿cómo se escucharían las voces de Dios y del deber moral? Es la religión la que preserva a la sociedad del peligro de una apertura excesiva, que le haga perder el rumbo de manera fatal.

Para el humanismo rabínico no rigen ni la libertad irrestricta, sin valores permanentes que actúen como guía y límite para la edificación de la justicia, ni el sometimiento a los modelos perfectos, inmutables e inalcanzables de Platón. En la cultura Talmúdica la justicia es una co-producción divina/humana; en ella se encuentran la chispa de divinidad que hay en el ser humano y la *Menschlichkeit*³⁵ del Eterno.³⁶

7. La tradición interpretativa cristiana y lo judío del magisterio de Jesús

Así como existe una tradición interpretativa que es central en la identidad judía, también la cristiandad tiene su propia tradición interpretativa. Pero hay una faceta de esa tradición interpretativa cristiana que se gestó con los Padres Apostólicos, aproximadamente a partir del año 100, que es interesante destacar en el contexto de esta reflexión. Aunque inicialmente esa faceta aportó a la teología parte del ímpetu para definir sus propias doctrinas e identidad, continuó más allá de esos primeros pasos y predominó en las enseñanzas de casi todos los Padres de la Iglesia.

¿Porqué todavía hoy en día muchos cristianos creen que –en su época– los judíos rechazaron a Jesús, cuando del N.T. se desprende que casi todos Sus seguidores fueron judíos, que una multitud fue a escucharlo cuando dio el Sermón del monte y que cuando llegó a Jerusalem montado en un burro, la gente salió a recibirlo agitando hojas de palma a Su paso? La respuesta –en mi opinión– es: porque aún después de Auschwitz, continúan interpretando las Sagradas Escrituras de manera des-judaizante, y porque reprochan

³⁵ La palabra *Mensch*, en idioma idish, significa *ser humano*. Calificar a Dios de Mensch es afirmar que uno de Sus atributos es Su humanidad en el sentido de: cálido y sabio.

³⁶ El mundo académico suele rastrear el origen histórico de nuestras ideas de libertad a las ciudades-estado de la Grecia clásica y a los monumentos literarios de la época, como *La República* de Platón y *La Política* de Aristóteles. Pero Platón y Aristóteles no creían que todos los seres humanos somos creados iguales, con los mismos derechos, con la misma dignidad. La idea de que la ley no es más que un acuerdo instituido por seres humanos (un “contrato social”), modificable en base al consenso, es fundamental para los sofistas. Platón se oponía a esa forma de pensar, sosteniendo que la ley y la justicia existen por sí mismas –perfectas e inmutables–, y que a lo sumo podemos aspirar a reproducirlas o imitarlas guiados por filósofos. En Grecia solamente un 10% de la población (que no incluía a mujeres, niños y esclavos) gozaba de derechos políticos. La palabra “democracia” es de origen griego, pero Milton, Hobbes, Locke, Calvino, Thomas Paine y otros ideólogos de lo que hoy denominamos democracia dialogaron con los valores propuestos a Occidente por la Torá, o más precisamente: por el A.T. cristiano.

(¿reclaman?) a los judíos de entonces que no le hayan reconocido como el Mesías (pese a que el N.T. aclara que Él quiso que no se dijese que lo era).

En el diálogo entre judíos y cristianos, la conversación en el plano teológico nos puede servir a todos para recordar³⁷ que las tradiciones interpretativas, que son parte del nexo de la grey con las Sagradas Escrituras y liturgias, son creación humana. Los seres humanos no somos omnisapientes, pero podemos aprender de los errores, y encaminarnos en otra dirección.

Los Ebionitas, expulsados primero de la cristiandad por herejes y maldecidos luego como traidores por la judeidad, para finalmente ser casi olvidados por todos, merecen que recordemos su testimonio del magisterio que para los judíos ejerció Jesús. Después de Auschwitz, en mi opinión, estamos ante una bifurcación: o pretendemos que el cadáver del elefante no está, ni estuvo, e intentamos barrerlo bajo la alfombra, o nos encaminamos hacia la sutil presencia que se manifiesta en la dimensión sagrada del diálogo. La humilde vivencia de encontrarse en buena fe –quede claro que al invocar la *buena fe* conjuro algo diferente de las sólidas arquitecturas doctrinarias– ha demostrado ser más sofisticada y duradera que la red de rutas militares con la que Roma capturó al Mediterráneo.

Si San Pablo hubiese enseñado que la fe es la *vivencia*³⁸ emocional de la confianza, en lugar de traducir el legado de Jesús a las ideas helenistas sobre la fe, entonces la tradición judía y la de sus discípulos “*goyim*”³⁹ tal vez no se hubieran desarrollado de espaldas entre sí, y el desprecio de lo judío quizás no hubiera sido trasladado a instalarse a sus anchas en Occidente.

Quien no está atravesado por la tradición judía y rechaza nutrirse de ella, podrá repetir las mismas palabras de San Pablo, pero en sus labios querrán decir otra cosa. Palabras como *Dios, Mesías, Salvación, Resurrección, Satanás*, tienen un sentido que les

³⁷ Del Latín: re cordis: volver a hacer pasar por el corazón. El exilio termina cuando se recuerda.

³⁸ “(...) la fe, la esperanza y el amor, estos tres, pero el mayor de ellos es el amor”. 1 Corintios 13,13.

³⁹ “*Goy*” quiere decir: pueblo. Los judíos practicantes (ortodoxos) dicen ser el “*goy Kasher*”. Los “*goyim*” son los gentiles.

viene de la manera en que se conectan entre sí y con otros aspectos de la cultura judía. Fuera de ese contexto dirán otras cosas.

8. La otra Iglesia y el diálogo entre judíos y cristianos

¿Cuál fue la enseñanza que Jesús le brindó a la gente sencilla de Su pueblo? Tras todas las aclaraciones y salvedades que ya hemos hecho, ahora me permito decir, a mi manera, con las palabras que encuentro sobre la marcha, una parte de lo que, intuyo, Jesús nos diría en palabras actuales: Cuando el encuentro con nuestro prójimo deja de ser lo más sagrado, cuando cualquier otra cosa es considerada superior o más importante, entonces, nos estamos apartando del camino y caemos en las idolatrías. Cuando los Diez Mandamientos dicen *no pondrás otros dioses delante de mí*, nos advierten que en nuestro corazón nada es más sagrado que vivenciar la presencia de Dios, la *Emuná*. Cuando abrimos nuestras almas hacia otro humano, cuando estamos disponibles para que cuente con nosotros, nos transformamos en lo mejor de nosotros mismos. Constatamos entonces que el Reino de Dios no está en las cosas del mundo ni en el más allá, pero que no es una utopía, porque está en nuestros corazones y a nuestro alrededor. El Reino es la otra realidad posible, la que será –y en parte depende de nosotros que sea–. En un amargo momento de la historia, Jesús le ofreció a Su gente una alternativa: en lugar de ponerse al frente y guiarlos en una rebelión armada (que la historia posterior demostró que resultaría perdidosa), les enseñó a dar la batalla espiritual. Con ese aporte enriqueció la espiritualidad de todo Su pueblo y ayudó a los que vivían según la Torá a sostenerse viviendo en el amor, en medio de tantas calamidades.

El amor al prójimo –como vivencia de la divina presencia– es un valor bíblico que ya era atesorado por el movimiento fariseo, que desde el exilio en Babilonia había traído la revalorización de la espiritualidad individual y colectiva por encima de las ceremonias de los sacerdotes saduceos. La forma de fe centrada en la humildad y el amor al prójimo, expresada en el magisterio de Jesús, y heredada por los rabinos de sus maestros fariseos, no conlleva un desprecio por quienes obran de acuerdo a la Ley. Un refresco de fe (buena fe, amor) es lo que Él vino a traer a los que –en ese momento– necesitaban Su ayuda para no

perder las esperanzas y descarriarse (“no he venido sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel”). San Pablo, que en toda su obra canónica no menciona ni una sola vez las parábolas de Jesús, y que no lo conoció personalmente, define de manera brillante, con la claridad conceptual de un filósofo griego, qué es –para él– la fe.⁴⁰ Lo hace sin resaltar la vivencia vincular específicamente judaica de la *Emuná*. Sus discípulos gentiles construyeron su fe en Jesús sobre la base de la idea de Jesús que resultó en parte del escaso interés de Pablo por *la cotidianeidad judía de Jesús*.⁴¹

Antioquía de Siria fue el primer lugar donde “los discípulos fueron llamados cristianos”, es decir, el primer lugar donde dejaron de ser considerados una secta judía (Hechos 11: 26). Uno de los Padres Apostólicos –Ignacio, obispo de Antioquía–, combatió desde allí las *falsas doctrinas*, en particular las que él calificó de “*judaizantes*”. En sus cartas dice que lo de los judíos son “*viejos cuentos*”, tildando al judaísmo de “*inútil*”.⁴² También lo califica de “*mala levadura, anticuada y agria*” y con autoridad episcopal dictamina que “*Es absurdo hablar de Jesucristo y vivir al modo judío*”. Su obra no introdujo una “*doctrina del desprecio*” aislable del resto del sistema teológico.⁴³ Si se tratase solamente de una doctrina, bastaría tal vez con proclamar una nueva doctrina que la sustituya y reemplace.

Los Padres Apostólicos, como San Justino Mártir y San Ignacio de Antioquía llevaron a la naciente teología cristiana el ardiente desdén contra todo lo judío, encendiendo en la tradición interpretativa de la Iglesia un *sentimiento* que quedó asociado a las doctrinas y liturgias. A lo largo de los siglos esos sentimientos se fueron difundiendo y perduraron, entreverados en el magisterio de amor de la Iglesia, para llegar finalmente a los que –como

⁴⁰ En Hebreos 11: 1-3 “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven.”

⁴¹ ¿Qué hubiera pasado en Alemania si en los siglos previos las iglesias y templos hubiesen educado a las masas con una iconografía –vitales, retablos, estatuas– mostrando a Jesús y a la primera generación de sus discípulos descansando en Shabat, ayunando en Iom Kippur, y usando filacterias y Talit (manto ritual) al rezar?

⁴² Las 3 frases citadas corresponden respectivamente a: *Ad Magn.* 8:1, *Ad Magn.* 10:2 y *Ad Magn.* 10:3

⁴³ Cuando en el siglo IV la teología se hizo dogmática, el desdén hacia todo lo judío –que se expresa libremente en los escritos de casi todos los Padres de la Iglesia– quedó instituido de hecho como un componente de la tradición interpretativa. Sin ser un artículo de fe, ni oficialmente parte del credo, conservó su vigencia –de un modo parecido a la manera en que el derecho consuetudinario interactúa con los códigos legales–.

los nazis—, se apropiaron del sentir negativo, para ponerlo al servicio de sus propios designios.

El sentimiento antijudío de los Padres Apostólicos nació en ciertas circunstancias políticas y culturales que nada tienen que ver con el amor del magisterio de Jesús. En mi opinión es penoso que el desdén de lo judío quedase asociado a la tradición interpretativa de la teología cristiana. Aquellos santos varones del siglo II, ¿podrían haber aislado su inspirada vocación del contexto cultural en el que a ellos les tocó vivir? Esta pregunta no conduce a nada útil, pues ya no están con nosotros para responder a ella. Lo que queda para nosotros es resolver qué haremos con el hecho de que dejaron un legado que queriendo enseñar la manera de amar al prójimo se atrincheró para hacerlo desde el desdén y desprecio por todo lo judío, incluyendo lo específicamente Judío del propio Jesús.

El origen histórico de aquel sentimiento antijudío de los Padres Apostólicos y de los Padres de la Iglesia es un problema complicado, que escapa a las posibilidades de este artículo. La tradición interpretativa cristiana, además de fundarse en el helenismo del pensamiento Paulino,⁴⁴ posiblemente se basó también en la conjunción del antijudaísmo endémico en casi todo el helenismo con el antijudaísmo político imperial romano.

Aquella inclinación de los Padres Apostólicos hizo que, desde entonces, la cristiandad se centrara en interpretar el Antiguo Testamento (A.T.) desde una perspectiva fuertemente cristocéntrica y no tuvieran tan en cuenta las interpretaciones originadas en la otra tradición. Jesús declaró haber venido a cumplir con “la ley y los profetas”. Enseñó que es solamente con la fe en el otro como podemos sostenernos sin caer en la idolatría del poder, el saber o el dinero. Cumplió, como buen judío, con Su sagrada tarea de interpretar

⁴⁴ Aunque del N.T. se desprende que San Pablo personalmente cumplía con la Halajá, tal como enseña Jesús que debe hacerlo todo judío, sin embargo generó un doble malentendido con sus epístolas a sus discípulos gentiles: primeramente redujo la fuente de instrucción que da la Torá solamente a las leyes concernientes a la ética y los ritos judaicos, desestimando la parte narrativa (Agadá) de la Torá, que educa en sabiduría y que es parte indispensable en la transmisión de la tradición interpretativa judía. Además, dirigiéndose a los gentiles, que no son parte de la Alianza Sinaítica, tampoco les enseñó que las leyes de la Torá son las cláusulas irrevocables de la Alianza Sinaítica. Puso énfasis en la posibilidad que él anunciaba a los gentiles de que podían entrar en la Alianza por la vía de la fe en Jesús, que no requiere que vivan según la Ley de la Torá. De esta falta de énfasis derivará luego el malentendido de la cristiandad de los gentiles, que opondrá la ley judía al magisterio de Jesús.

personalmente la ley y se opuso con vehemencia a los que, sin buena fe, se atenían rígidamente a la letra de “la ley”, con lo cual se ganó la enemistad del establishment –pro romano– de aquel entonces. ¿También hoy encontraría, en algunos círculos del poder, cierta animosidad si desafiase su interpretación de las Sagradas Escrituras?

Los profetas de la Torá (los *Nevi'im*) no son oráculos que adivinan el futuro de quien los va a consultar. Tienen una intención pedagógica: enseñan a perseguir la justicia, como enseña la Torá. Ellos predicán contra el formalismo y la hipocresía, la idolatría y la opresión. Por sus vidas, el Eterno nos recuerda que prefiere la lealtad a los sacrificios y que rechaza las ofrendas de los malvados. A través de ellos nos dice que seamos rectos, que protejamos al oprimido y socorramos al huérfano y a la viuda, y que, para ser justos, necesitamos hacernos un corazón y un espíritu nuevos, porque Él no se complace en la muerte del malo, sino que quiere que el que obró mal se aparte del mal camino y viva (Ezequiel 18: 21-23).

La Iglesia de los discípulos judíos de Jesús es como los parientes pobres. Sabemos que tienen que haber existido, pero nos da vergüenza reconocerlo y se nos hace cuesta arriba recordarlos. Pretendemos que no tuvieron mucha importancia, pese a que fueron una parte importante del pueblo judío y la más potente levadura que donó el pueblo judío al resto del mundo –y lo más importante que el cristianismo recibió de las demás religiones–. Su manera de interpretar las enseñanzas de Yeshua, la que conservó la Iglesia judaica hasta que desapareció en un olvidado repliegue de la historia, son también parte de lo judío que la Iglesia de los gentiles perdió.

Eran mansos y pobres, como Jesús los quería. Sabían que no tenía sentido rebelarse militarmente contra el imperio de las armas. No creo que temieran al poder; creían en enfrentarlo con amor, según les enseñó Jesús. Sabían –con certeza– que la muerte no pudo acabar con él, porque lo sentían vivo en sus corazones. Si –a diferencia de las Iglesias de los gentiles– no lo veían como El hijo unigénito de Dios, es porque Él les enseñó que “*Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y*

comprenderéis que vosotros mismos sois los hijos del padre viviente".⁴⁵ Era en este sentido que se referían también a sí mismos, y no solamente a Él, como hijos de Dios.

En la segunda mitad del siglo II e.c., el castigado pueblo judío se cerró sobre sí mismo y excluyó a la Iglesia de los discípulos judíos de Cristo, los "*Minim*" (= estafadores, traidores, herejes). Sin embargo, ellos siguieron por su camino de cornisa, ariscos habitantes de las cumbres que las fuerzas tectónicas de la historia levantaron para divisoria de aguas entre judíos y cristianos. Continuaron dentro de la tradición interpretativa judía que recibieron de los fariseos, y rechazaron las enseñanzas de San Pablo, en quien detectaron a un detractor de la Halajá. Sobre ellos dictaminaría San Jerónimo que "*queriendo ser al mismo tiempo judíos y cristianos, no son ni una cosa ni la otra*".⁴⁶

A veces lo que parece ser un reproche es, en realidad, un reclamo confuso. ¿Algo demasiado bueno habrán hecho, para merecer tanto despecho? Los Ebionitas no tejieron alianzas políticas con el imperio romano, y recordaban claramente que él entregó Su vida para que las huestes romanas no mataran a la primera generación de Sus discípulos, los que luego fueron los fundadores de la Iglesia judía. Es verdad que no suscribieron las doctrinas del modo en que las redactaron los Padres de la Iglesia, y en este sentido incurrieron en una herejía (no siguieron el dictamen de lo que luego fue la mayoría) pero en realidad no recibieron esas ideas de sus maestros, a los que seguían desde cuando fueron simplemente una congregación de discípulos judíos de un guía espiritual judío. Para ellos Jesús fue un hombre justo, un *Tzaddik*, un apoyo de Dios. A diferencia de San Pablo, veían en Jesús a un profeta destacado,⁴⁷ una especie de nuevo Moisés, y pensaban en una doble Parusía: la primera "en humildad", que es la que se completó en la vida de Jesús en cuanto ser terrenal, y la otra "en Gloria", esperada para cuando volviese para manifestarse bajo la forma de Mesías e Hijo del Hombre. No adoraban a Jesús el misericordioso,⁴⁸ pero amaban en Él al

⁴⁵ Fragmento N° 3 del evangelio según Tomás, redactado aproximadamente en el año 45 (décadas antes que los Evangelios canónicos) y atribuido a (Dydimus Judas) Tomás.

⁴⁶ En el capítulo IV de la carta 112 de San Jerónimo, escrita cerca de Jerusalem en el año 404, le comenta a San Agustín de la existencia de esos Minei, a los que identifica con los Nazarenos, diciendo que son muchos y tienen muchas sinagogas en todo oriente (es decir fuera del alcance del imperio romano).

⁴⁷ Como todavía se lo considera hoy en el Islam.

⁴⁸ Los Evangelios no mencionan la misericordia de Jesús, ese calificativo es introducido por San Pablo.

paradigma de la compasión. En sus corazones siguió viviendo y enseñando que es solamente con compasión que se puede ver lo bueno que hay en las imperfecciones de cada uno, y que esa es la manera de sanarse y sanar al mundo. Todavía seguiría vivo en sus corazones, si la Iglesia de los gentiles no los hubiera expulsado y el judaísmo rabínico no los hubiera excluido y maldecido por los traidores. Fuera del ámbito del imperio romano, sus comunidades sobrevivieron durante varios siglos más, hasta que llegó el Islam y los pocos que no se convirtieron a la nueva religión se reintegraron al pueblo judío.⁴⁹

9. ¿Quo Vadis?

¿De qué sirve reflexionar acerca de cómo la Iglesia se enajenó de su herencia judaica? La respuesta a para qué sirve repensar esa historia (y para qué sirve un diálogo que nos convoca en cuanto judíos y cristianos) dependerá de quién se hace la pregunta. Yo y Tú estamos juntos en esto, y cada respuesta, la de cada cual, será la suya, única y diferente.

¿Podremos aceptar nuestras imperfecciones y confiar? ¿Seremos tan sabios como para poder ver cada uno lo mejor del otro? ¿Aprenderemos unos de otros? Y finalmente: Juntos, pero no revueltos, ¿qué podemos hacer para el mundo que vendrá? Porque en el libro de las vidas, la manera en la que juntos escribamos el próximo capítulo afectará todo lo escrito hasta la fecha. Necesitamos recordar y honrar el pasado, pero también cuidarnos de no creer que seguimos viviendo en él. La confianza, la buena fe, es una fuerza revolucionaria que puede redimir mucho del dolor del pasado. ¿Tenemos esperanza, fe en el futuro que –con su ayuda– podremos construir? Construir el futuro es construirnos. Pero ¿cómo?

En la tradición interpretativa judía, la respuesta a ¿cómo? a menudo se encuentra en la interpretación de la *Agadá*, la narración de las historias bíblicas, que vehiculiza los valores que pueden orientarnos. Podemos cambiar el futuro, pero no podemos cambiar el

⁴⁹ Escapa a los límites de este artículo investigar en qué medida los últimos Ebionitas –maldecidos por el judaísmo rabínico– pueden haberse integrado en el movimiento Caraíta. Los Caraítas surgieron de diferentes grupos de judíos que se sustrajeron a la autoridad del movimiento rabínico, pero que continuaron –a su manera– con la tradición interpretativa judía.

pasado. ¿Es así realmente? Cuando el Patriarca José se reencontró con sus hermanos sucedieron muchas cosas, que permitieron que una familia dividida por una terrible grieta pasará a gestar lo que algún día sería una gran nación. Israel pudo constituirse como un pueblo gracias a que aquellos hermanos lograron reconciliarse, a pesar de todo.

Pudieron reconciliarse porque José dejó atrás el rencor y les explicó a sus hermanos que aunque ellos quisieron hacerle daño cuando lo vendieron como esclavo, fue por designio de Dios que lo hicieron, y que finalmente fue para bien de todos, para que él pudiera llegar al faraón y a ayudar a los egipcios y también a ellos, sus hermanos de Israel, a sobrevivir la sequía y la hambruna. Pudieron reconciliarse también porque Judá se arrepintió de lo que había hecho cuando lo vendió a José como esclavo, y no cometió de nuevo el mismo error, y se ofreció como esclavo en reemplazo de Benjamín, para que su anciano padre no pasase otra vez por lo mismo. Pudieron reconciliarse cuando transitaron lo que va del rencor al amor, de la envidia a la gratitud. El cambio fue fruto de un proceso de elaboración: entendieron su historia desde otra perspectiva y pudieron reordenar sus afectos, alineándolos a una nueva (manera de percibir la) realidad. Se reconciliaron al descubrir que esa re-significación de los hechos del pasado había cambiado quiénes serían de allí en adelante.

El pueblo judío ha logrado más de un *aggiornamento*, conservando su identidad. Los Salmos le recuerdan el enloquecedor dolor junto a los ríos de Babilonia, pero es mucho lo que durante ese terrible exilio aprendió y conserva. Guarda duelo al recordar el día en que los romanos destruyeron el Templo, pero del exilio entre las naciones occidentales aprendió a dar una respuesta política al sufrimiento, y así nació el Estado de Israel. No podemos cambiar los hechos del pasado, pero tarde o temprano, en algún momento, podremos cambiar de perspectiva e incluirlos en una historia más grande, para aprender, para cambiar.

Referencias bibliográficas

- Aptekmann, Marcelo. (2008). *Disculpe, no es nada personal*, Buenos Aires, Editorial Lilmod.
- Ben Arieh, Yoel. (2015). *Hacia la Nueva Alianza*, Tucumán, Editorial Buena Letra.
- Bergson, Henri. (1932). *Las dos fuentes de la moral y la religión*.
- Biblia. (n.d.). *La Biblia de Jerusalén*.
- Buber, Martin. (1996). *Dos formas de fe*, Madrid, Caparrós Editores.
- Cohen, Abraham. (1975). *Everyman's Talmud*, Nueva York, Schocken books.
-
- Frank, Ana. (2003). *Diario de Ana Frank*, Buenos Aires, Debolsillo.
-
- Fromm, Erich. (n.d.). *Y seréis como dioses* (varias ediciones).
- Hartman, David. (2005). *La tradición interpretativa*, Buenos Aires, Editorial Lilmod.
- Heer, Friedrich. (1967). *Gottes erste Liebe*, München, Bechtle Verlag.
- Josefo, Flavio. (2013). *Antigüedades Judías*, España, CLIE.
- Sacks, Jonathan. (1990). *Tradition in an Untraditional Age*, Valentine, Mitchell & Co.
- Soloveitchik, Joseph. (n.d.). *Halakhic Man*.
- Steinsaltz, Adin. (1976). *The Essential Talmud*, USA, Basic Books.
- Talmud (versión on-line, en inglés). Recuperado de: <<https://www.sefaria.org/>>. Fecha de consulta: 13 de octubre de 2021.
-
-